

Instantáneas



LUIS MAZZANTINI

Año III.—Núm. 67.—Sábado 13 Enero 1900.—15 céntimos.

EL MARQUÉS DE POZO RUBIO

El nombre de D. Raimundo Fernández Villaverde, difícilmente se borrará de la memoria de los españoles. Bien se puede decir de él que es uno de los pocos políticos que dejan huella á su paso por las esferas oficiales.

Siendo gobernador de Madrid ocurrieron aquellos famosísimos é infaustos sucesos de los estudiantes, en los que jugó importantísimo papel el personaje conservador; y cuando el transcurso del tiempo había quitado gran relieve al nombre de Villaverde, vuelve á ser el hombre del día, confeccionando desde el Ministerio de Hacienda los famosos presupuestos que tanta alarma y movimiento han despertado en el país.

Dejando á un lado los méritos y los errores que pueda tener el plan financiero del Marqués de Pozo Rubio,

pues el carácter de esta publicación nos veda introducirnos en el campo de la política, diremos únicamente que Villaverde es hombre de indiscutible talento, de inflexible carácter, y, por tanto, tenaz mantenedor de sus ideas.

Siendo poder Cánovas, desempeñó las carteras de Hacienda y de Gracia y Justicia; y cuando Silvela se separó de su antiguo jefe, formó con él el partido de Unión Conservadora, que ha entrado en el llamado «Turno pacífico» para regir los destinos del país.



ALCOY—Estación del Ferrocarril á Gandía.

Inst. de J. de Mesa.



Instantáneas



DIRECTOR: M. SALVI

OFICINAS: CLAVEL, 1, MADRID

TEATRO ROMEA

ESCENA IV

CARMIÑA, Srta. Loreto Prado.

MARCELO, Sr. Posac.



CARMIÑA.—Era una noche sombría.

La blanca nieve cubría desde la montaña al llano, y ni una estrella lucía en el cielo soberano.

Llenos de pena y temor en una granja, señor, dos pobres viejos lloraban, y en vano los dos buscaban un consuelo á su dolor.

Que la rapaza gentil como rosa del Abril que las penas destruía, contenta, sacado había el ganado del redil;

y la tarde terminaba, y la noche se acercaba, y la nieve era abundosa, y ni la rapaza hermosa ni el ganado regresaba.

De pronto, el viejo se irguió. Un estrecho abrazo dió á su anciana compañera.

La vista al cielo elevó, y emprendió veloz carrera.

¡Pobre viejito! Corría gritando:—¡Rapaza mía! ¿Dónde estás, blanca paloma?— Y á su voz, de loma en loma, sólo el eco respondía.

Siguió corriendo, gritando, presa de horrible locura; y la nieve iba apretando con sus copos aumentando del cabello la blancura.

De pronto, en una hondonada la penetrante mirada del viejo, distinguió el bulto de un cuerpo, que la nevada presentaba medio oculto.

¡Era su nena querida! Su pobre rapaza!... ¡Sí!... Tocó el cuerpo, encontró vida, levantó el cuerpo en seguida, y á escape partió de allí.

Sin aliento, jadeante, congestionado el semblante á poco en la granja entraba. ¡La pobre anciana rezaba de un Santo Cristo delante!

—¡Ya no llores más mujer! (gritó el viejo). ¡Los excesos del amor son menester! ¡Ven! ¡Tus besos y mis besos reanimarán á este ser!—

Y al colmo de la ventura los viejecitos llegaron, y con la mayor ternura de caricias inundaron á la infeliz criatura.

Cuando rayó el nuevo día ya la rapaza alentaba, ya la pena era alegría. El sol su luz derramaba, y la nieve no caía.

La rapaza nunca fué

Director de escena: D. Enrique Chicote.



D. ANGEL CAAMAÑO

Distinguido periodista y autor de
«La Marusiña»

sas de silencio mimoso lleno de besos: á veces un *mi vida*, apenas pronunciado, que iba del uno al otro con aleteo lánguido... Así pasaron días y más días... y al fin cesó el encanto. Hoy, muy cerca los cuerpos, vagaban las almas por lejanías opuestas, y en la intimidad creada al calor del hogar, los pensamientos de los dos se hacían mutua ofensa soñando traiciones, y callaban, absortos en el traidor ensueño. Contemplaba ella con obstinación las ascuas que en la chimenea brillaban y se extinguían: él seguía sin verlos, con extraña fijeza, los juegos que la luz de la lámpara proyectaba en el techo.. y sonreían.

Bajó él los ojos y volvió á la tierra.

—Mi silencio es infame—pensó.—Sonríes, mujercita... ¿En qué piensas?

—En nada... tonterías...

—Alegres tonterías que te hacen sonreír.

—¿Sabes? Se está tan bien al calorcito...

—¿Verdad?

La miró fijamente. Y levantándose con lentitud, bajó un poco la luz de la lámpara; y después se acercó al balcón, miró á través de los cristales, y volvió á sentarse.

—Llueve... ¿saldrás?—dijo ella.

—Si quieres que no salga...

—¿Por qué? Debes ir al Real.

—Hoy da gusto mirarte: tienes en los ojos luces de dicha.

La miró de nuevo, y otra vez se acercó á la chimenea para bajar la luz. Después volvió al lado de ella. La fuerza de la costumbre hizo que sus manos se unieran. En los ojos de ambos el ensueño infame persistía en danzar, y el amor culpable les ponía sonrisas en los labios; parecían aquellos otros tiempos. De repente, infinita amargura les subió del corazón á los labios.

—¡Ay!

—¿Por qué suspiras?

—¿Qué harías con tu corazón si fuese traidor?

—¿Quién piensa en traiciones?

—Tienes razón... las traiciones no se piensan... se hacen...

—Filosofía práctica, querida.

—¿Es posible que muera un amor que fué vida de dos almas?

Y lloraba... que su corazón de mujer leal no podía llevar con rostro sereno el peso de una culpa.

Y él pensó:

—Es horrible esta comedia... Al menos que no vea en mis ojos el brillar del engaño.

Y acercándose á la lámpara sopló por encima del tubo, y todo quedó á oscuras. Sólo en la chimenea brillaban las ascuas antes de apagarse.

olvidadiza, señor,
y llena de amor y fé
dijo cuando fué mayor:
—¡Yo la deuda pagaré!—
Mi fortuna inesperada
me da de pagar el modo.
¡Viejos del alma adorada!
¡Con ellos, lo quiero todo!
¡Sin ellos, no quiero nada!

ANGEL CAAMAÑO

NOCHE DE INVIERNO

Terminada la cena, que aquella vez fué rápida, abandonaron la mesa con movimiento maquinal, y fueron á sentarse, muy cerca uno del otro, en el divancito bajo, que, colocado junto á la chimenea, recibía de lleno la luz de la lámpara, luz suave y discreta, que, al atravesar la elegante pantalla de sedas y encajes, se teñía con matices rosados y sembraba sonrisas por todos los rincones de la estancia.

Era costumbre de años, de largos años de dicha, Después de la cena el ratito de charla confidencial, amante, cortada por largas pau-



D. ARTURO LAPUERTA

Autor de la música «La Marusiña».



MARÍA BURVOUGHS
Célebre actriz inglesa.

—¿Dónde estás?

—¡Mujercita!

Y de nuevo se unieron: entonces, seguros de no verse, se miraron y se acercaron más, como buscando cada uno en el cuerpo del otro remedio á aquella infamia. Después, en el silencio de aquella noche oscura, se oyó un beso, un beso muy largo... Era la confesión de los dos crímenes, era el perdón de dos ofensas y era también la esperanza de nuevas horas felices... ¿Cuántas? ¡Dios sabe! ¿Es que pueden contarse por números las horas felices?

G. MARTINEZ SIERRA

ALBUM DEL AÑO 1900 (ALMANAQUE). Consta de 60 páginas en colores, ilustradas todas ellas por los los artistas más afamados con artículos y poesías de los más distinguidos escritores. Contiene, además, varias láminas tiradas en *tricolor*.

Una peseta ejemplar.

No se devuelven los originales aunque no se publiquen.



LLUEVEN CONCURSOS

¡A buena hora se ha dercolgado *El Liberal* con los concursos de cuentos! Cuando estábamos ya algo tranquilos porque habíamos podido conseguir que el teatro Español se abriera y que Villaverde siguiera en el ministerio y que el frío apretara—tres hermosas bendiciones del Señor,—yiene Moya á meter el cisco, ofreciendo premios de 500 pesetas por un cuento.

Lo que decía cierto jefe de negociado que es escritor, cuando su suegra le deja en paz:—Pero, hombre, eso de *El Liberal* es increíble. ¿A quién le va á caber eso en la moyera?

—A Moyera, digo á Moya.

—¿Y van á dar 500 pesetas por un cuento?

—Sí, señor; 500 pesetas contantes y sonantes.

—Pues, hombre, ¡va á ser un diluvio de niñasras!..

Una señora me decía ayer tarde:—Mire usted, yo soy muy liberala. A mí me parece que los periódicos pueden decirlo todo... Pero esto de que haya en *El Liberal* tantos con... eso...

—¿Cómo con eso?

—Sí... concursos... Esto me parece muy ordinario. Si quiera que sean más finos; que digan con diarrea.

Lo cierto es que no se habla de otra cosa. En las casas, las niñas cuchichean, haciendo cábalas sobre quién se llevará el premio.

—Tú verás, Matilde... Verás cómo se lo lleva Colasito... Va á mandar un cuento de una princesa rusa y de un banquero francés... Mira, da gusto...—Se embarca la princesa...

—¿Dónde?

—En Moscou, tonta... ¿Dónde va ser? ¿No has oído que la princesa es rusa? Pues en Moscou...—Bueno, pues se embarca y hay un naufragio y luego, llegan á la tierra de los boers y hay allí un peluquero alemán...

—Pues que no lo mande. Mira que los del jurado son calvos.

—¿Y eso qué?

—Que en cuanto lleguen á lo del peluquero van á creer que es guasa y no se lo premian. Que sea sastrer, lo mismo da.

¿Qué ha de dar lo mismo? Y entonces, ¿quién le va á rizar el cabello á la princesa?

—Anda, pues es verdad; (pausa). Ah, oye; la gran idea. Pues con decir que la princesa tiene el pelo rizado, y que eso es de nacimiento...

Por las calles sucede tres cuartos de lo mismo. La otra tarde salía Sagasta de su casa para el Congreso y llegó escapado Vega Armijo.

—Don Práxedes. ¿Con que ya? Hombre, ¿por fin se ha convencido usted? ¿Y qué, cuando juramos?

—Pero ¿usted me está hablando de un ministerio liberal?

—Pues claro. Me han dicho: Don Práxedes ha aceptado. Usted va á Gobernación.

—Pues nada, marqués. Eso es un cuento... Era cosa de mandarlo al concurso de *El Liberal*.

En los cafés es cosa de morirse. A lo mejor entra un caballero gordo y se acerca á la mesa donde estoy.

—Usted dispense. ¿Tengo el gusto de hablar con el señor?..

—El gusto es mío.

—No, señor; mío.

—Bueno; pues como usted guste...—¿Gusta usted?—le digo—indicándole la taza.

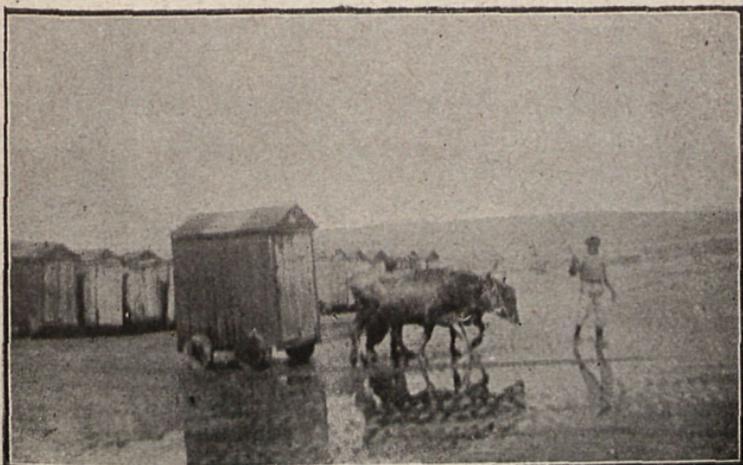
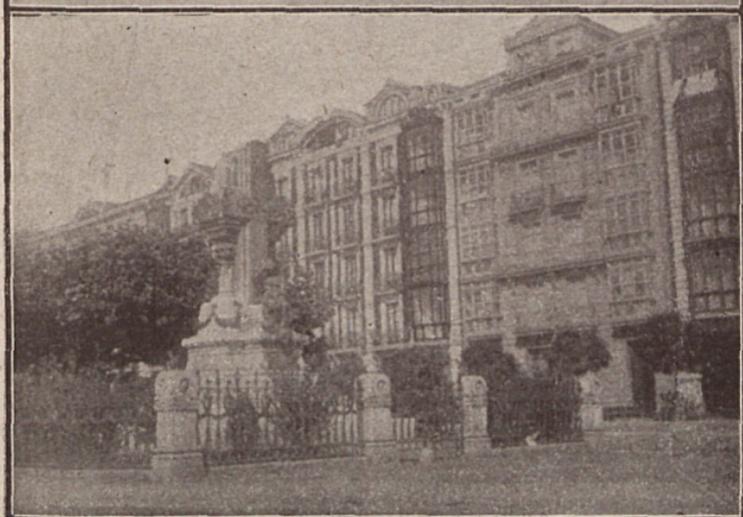
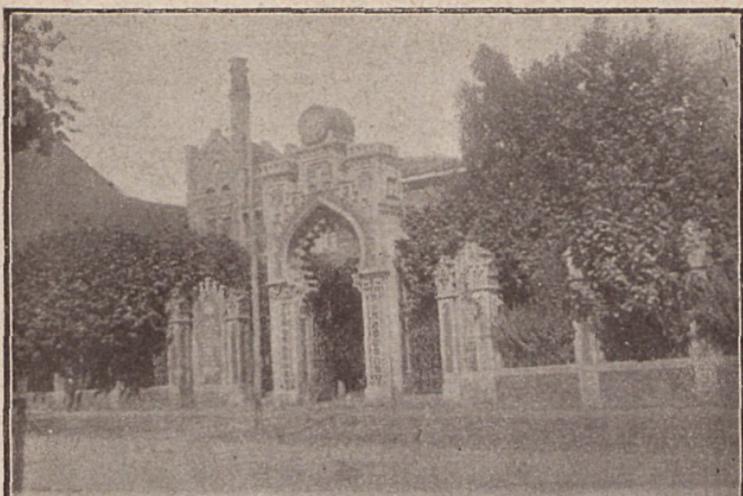
—Gracias. Verá usted: yo tengo un cuento...

Y hala; me lo lee que quieras que no.—Llevo ya oídos más cuentos en estos días que ediciones se han hecho del *Quijote*. Así es que anoche, cansado y aburrido ya, me dije:

—«Vamos á cuentas, que falta te hace. Como parezcas por el café te van á leer otro cuentecito, y vas á reventar. ¿No dice todo el mundo, cuando se le va á referir una cosa y no le importa un bledo, cuénteselo usted al Nuncio? Pues en cuanto alguno venga á tí á leerle un cuento, le soplas el refrán, y san se acabó.»

Dicho y hecho. Apenas terminé mi soliloquio, un caballero *cuentista*: le digo el refrancejo. Al llegar á la librería de Fé, otro; le suelto otra vez lo mismo. Y así, cuando me metí en el Congreso, había enviado á casa del Nuncio lo menos á veinte señores.

SANTANDER: La Cruz Blanca, Fábrica de Cervezas.



Monumento á los mártires del «Cabo Machichaco».—Casetas de baños en el Sardinero.

Insis. de Santiago Junquera.

Por esto, cuando me levanté hoy leí en *El Imparcial* la noticia «El Nuncio de S. S. ha tenido que guardar cama á consecuencia de una fuerte jaqueca...»

*
**

Ahora, como nadie quiere ser menos, á todos le da por celebrar concursos. El mismo Silvela, de acuerdo con Pidal, se propone celebrar uno de estos días en el Congreso el siguiente

CONCURSO POLÍTICO

Se abre bajo las siguientes bases y condiciones:

- 1.^a El concursante no habrá pronunciado un discurso en su vida, ni aun habrá dicho sí ó no en las votaciones.
- 2.^a No tendrá una cáfila de parientes, sino mujer é hijos, todo lo más; y los hijos pequeños.
- 3.^a No habrá sido primero republicano y luego sagastino, y luego conservador, sino lisa y llanamente una cosa, como Dios manda.
- 4.^a No habrá llegado á Madrid en cueros y esté hoy nadando en oro, sino que tendrá lo que gane con su profesión, arte ú oficio. Y esto, sin trampas.
- 5.^a No dirá *diferencia* ni *ojeato*. Antes le parta un rayo.

Los premios son: uno la Presidencia del Consejo y siete *accésits*; las carteras de los demás departamentos ministeriales.

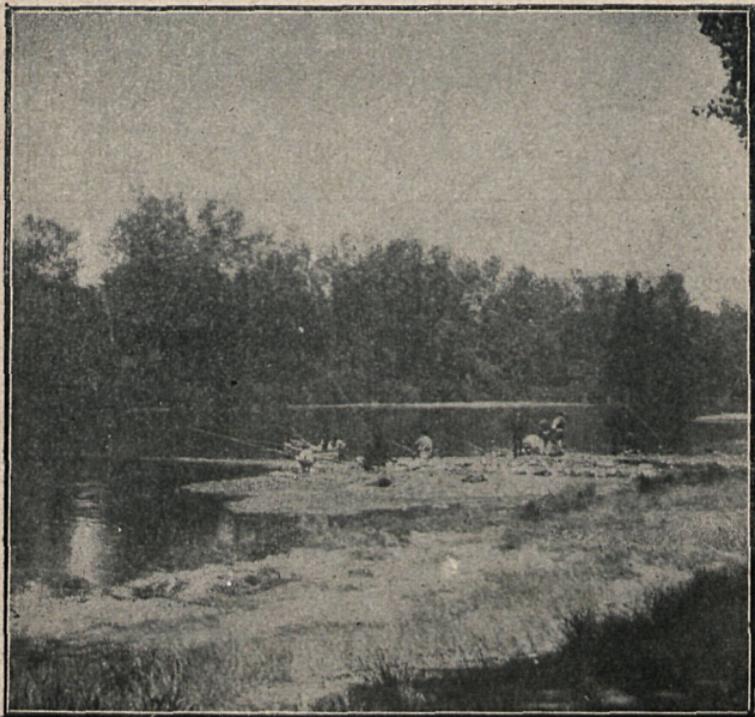
Según mis noticias, tan estrechas le parecen las bases á todo el mundo y tan imposible de llenar la primera, que el concurso quedará desierto.

Pero en cambio, ¡ah, señores! en cambio podrán desquitarse con este otro, de que ya he recibido el cartel, que dice así:

CONCURSO TEATRAL

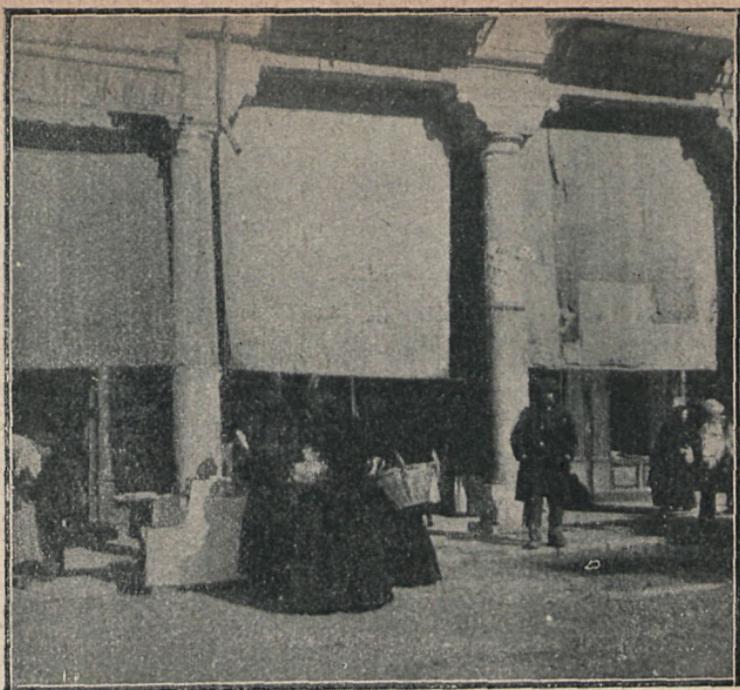
Se abre bajo las siguientes condiciones:

- 1.^a El concursante probará su suficiencia en la gramática castellana.
- 2.^a Ha de probar, asimismo, que no sabe jota de francés, ni de otro idioma extranjero, ni conoce á nadie que lo sepa.
- 3.^a No habrá hecho regalo ni dádivas á empresarios ni cómicos, declarándolo así en un documento que escribirá al dictado y sin falta de ortografía.
- 4.^a Será enemigo jurado de los críticos. Esto habrá de probarlo plenamente.
- 5.^a No hablará del «golpe de vista», ni de que tal cosa sea ó no «teatral» y aborrecerá de muerte las zarzuelas que empiezan en coro y acaban en boda, ya que antes de la boda «se echa por el coro» á los que se casan.



VALLADOLID: Pescadores en el Pisuerga.

Inst. de Pablo Muñoz.



VALLADOLID: Portales de Fuente Dorada.

Inst. de Pablo Muñoz.

6.^a Probará que es una heregía hacer *cantables* como el que se pone de muestra.

ÉL.—Yo te quiero con todo mi corazón,
¡qué ilusión!
Yo deliro por verte feliz,
sí, sí,
y en mi pecho
dentro dentro,
siento un inmenso afán
que no me deja sosegar.

ELLA.—Como mi padre llege pronto
y nos vea, mi dulce amor...
yo deliro,

yo suspiro,
vete de mi lado por Dios.

Los dos.—Yo soy tuyo
tuya,
tuyo.
Yo te quiero,
ero, ero,
yo te quiero
yo te quiero...
con afán,
ah, ah...

Los premios serán: uno, de sentido común, y varios *accésits* de ilustración y cultura. Según me dicen, las condiciones de este concurso también parecen estrechísimas. Y también la primera parece imposible de cumplir á casi todo el mundo. Por lo que entiendo que acudirán muy pocos.

EL BACHILLER CANTA-CLARO

¡Me engañaron!

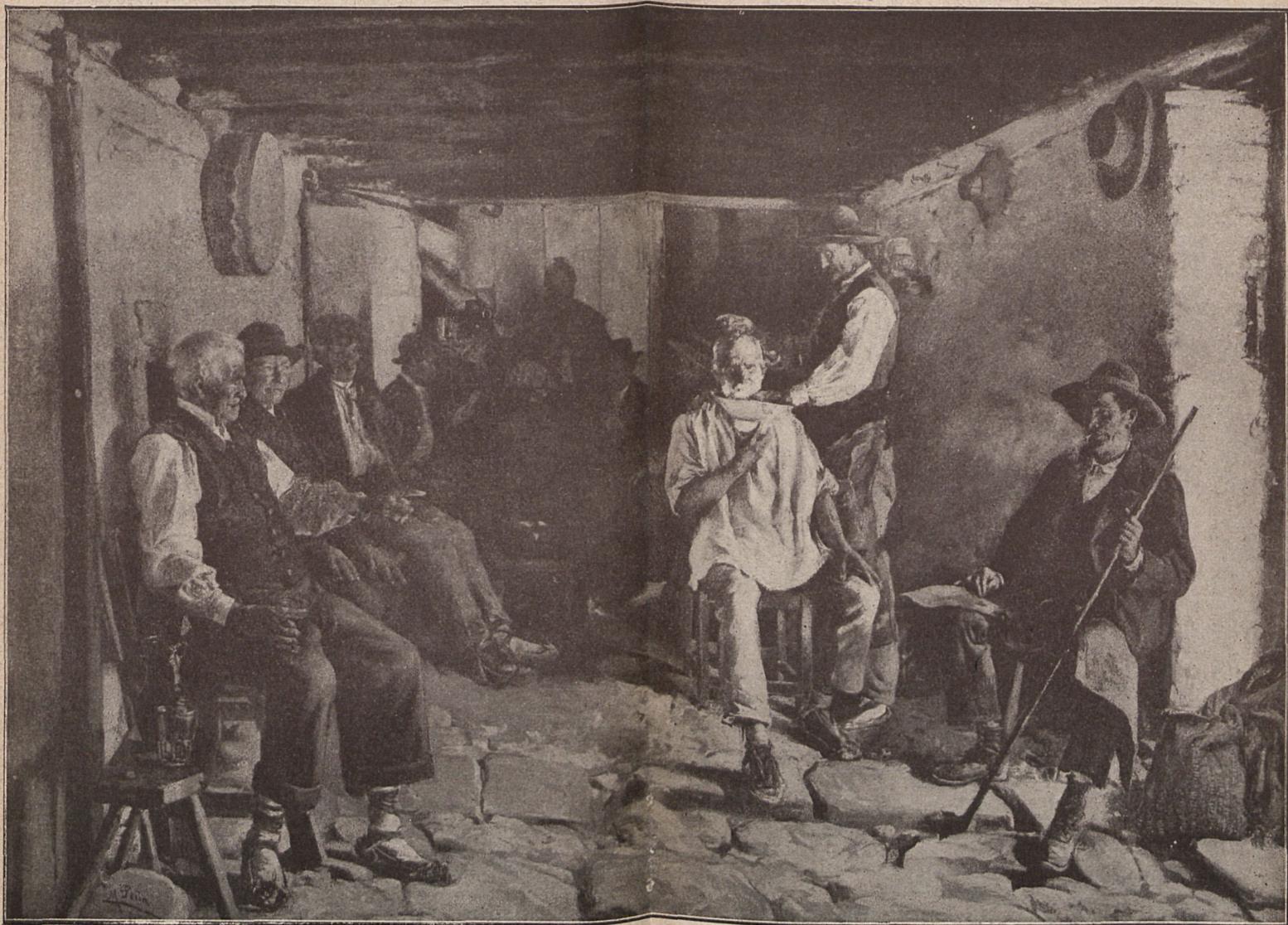
Me habían hecho creer
que la *graciosa* Adelaida
no era como las demás
mujeres, ¡cosa más rara!
Con insistencia inaudita
me dijeron que no usaba
ni pinturas, ni potingues
para embellecer su cara.
Que aquel pelo tan rizoso,
y aquellos dientes de nácar
y aquel seno palpitante
y aquellas lindas pestañas,
eran, porque Dios lo quiso,
de su cuerpo ornato y gracia;
y ésto me lo repetían
con un cinismo que espanta.

Yo confieso que fui un torpe

al no comprender la farsa
con que sus deudos y amigos
engañarme procuraban.
El caso es que me casé.
¡Maldita sea hasta el ama
del cura que nos unió!...
¡Qué boda más desgraciada!

Ni eran suyos los cabellos,
ni eran suyas las pestañas,
ni aquel seno palpitante,
ni aquellos dientes de nácar,
ni aquel lunar chiquitín
que á mí tanto me gustaba.
En suma: yo certificado,
propio no tenía nada.
Era como las pelotas;
todo era trapos y... trampas.

JESÚS LUENGO Y CONDE



El precioso lienzo que reproducimos hoy, es una de las obras que más fama han dado al eminente pintor D. Maximino Peña.

En la barbería es un cuadro lleno de color y de vida arrancado de la realidad y trazado con mano maestra. En la Exposición Nacional de Bellas Artes llamó poderosamente la atención del público, que tributó elogios unánimes á la obra del Sr. Peña, donde con tanta propiedad se retrata una barbería de pueblo en día de mucha concurrencia de abonados.

En la barbería no se sabe qué admirar más; si la perfección del dibujo, los efectos de luz y de color ó la naturalidad de la colocación de las figuras.

El jurado de la Exposición apreció en la preciosa obra de arte que nos ocupa verdaderos méritos y bellezas, y por eso otorgó á su autor una de las primeras recompensas.

El autor de *En la barbería* tiene gran número de obras, capaces todas ellas de acreditar á un pintor, y si Peña no lo estuviese ya con sus anteriores obras pictóricas, refle-

jo fiel todas ellas de la vida obrera, que nadie como él ha trasladado al lienzo, el cuadro que hoy publicamos sería más que suficiente para colocarlo en las primeras filas de los artistas de su género.

En todos los cuadros de Peña se admira un dibujo correctísimo y acabado, cosa no muy corriente entre nuestros pintores, y además de dominar el dibujo, conoce como el que más los efectos de luz y colorido, conocimiento que ha aplicado con acierto en todos sus lienzos y muy especialmente en el que hoy reproducimos.

Maximino Peña es además un excelente retratista, y pocos pintores tendrán los encargos que tiene Peña en tan difícil manifestación del arte. Sus retratos de niños han constituido una verdadera especialidad por su rapidez en la ejecución y exacto parecido.

Tiene ganadas en buena lid dos terceras medallas y una de plata, y en las principales revistas y periódicos ilustrados ha dado muestras de lo mucho que vale como dibujante.

J. GÓMEZ RODRÍGUEZ

LAS JOYAS DEL AMOR

por J. Conde de Salazar.

EL BRILLANTE DE ZEQUIA

Ernesto de Lepuy acababa de cumplir la mayor edad, y el mundo sonreía ante sus ojos con la carejada de Momo, no obstante parecer que la tormenta se cernía sobre España sirviendo de portae standarte á las desdichas, el hercúleo brazo del cura Merino, que aquel mismo día clavaba un puñal en el seno de la Reina. Había terminado la tutoría que si bien no pudo llamar oñiosa, tampoco pudo calificar de dulce y agradable.

Ya era libre: el aire le parecía más puro, la luz del sol más espléndida, los celajes que se dibujaban en el horizonte hermosas diademas que orlaban las sienas de vírgenes pudorosas.

Para colmo de dichas recibió un pliego con el sello del Ministerio de Estado: lo abrió precipitadamente y encontró su nombramiento de Vicecónsul en Damasco.

Como ansiaba ver mundo como pedía, á imitación del poeta

¡las para volar!

decidió ponerse en camino inmediatamente.

Sólo se despidió personalmente del Ministro, el cual le dió una carta muy expresiva para un español residente en Damasco. Nada notable ocurrió durante aquel largo viaje, en el cual pudo estudiar to-

dos los medios de locomoción humana.

Tan abstraído iba, que difícilmente se podía dar cuenta de lo que pasaba ante sus ojos.

Verdad es que lo-
do resul-
taba tan
diferente
á lo que
él cono-



ería como mundo, que bien puede asegurarse que tantas grandezas, unidas á tantas miserias, tantos portentos y tantas maravillas no cabían en montón en su cerebro desquiciado.

Cuando dió vista á Damasco sintió por primera vez algo que se parecía á la pena, y bajó la vista como queriendo huir de aquella tenue nubecilla que manchaba el límpido azul de un cielo de esperanzas y de alegrías.

¿Qué podía motivar aquella primera contrariedad, cuando tenía delante una fértil llanura que se ex-

tendía al pie del Líbano y multitud de frondosas huertas y caseríos bañados en todas direcciones por pequeños y cristalinos riachuelos?

Razón no había ninguna y trató de sacudir aquella preocupación que tanto le molestaba.

Los esfuerzos resultaron vanos; había oído hablar de las mujeres turcas, y en ello fijó su atención para distraerse.

Le habían dicho que eran hermosas como las circasianas y esbeltas y apasionadas como las españolas.

A los veinticinco años el factor más importante en la vida del hombre rico, es el amor.

Podrá ser, como dicen los poetas románticos, un *dulce martirio*; podrá ser otra cosa cualquiera, pero es lo cierto que entre Venus y Cupido se pasan los días, los meses y los años, hasta que llega la vejez y nos señala la tumba y el reposo.

Tan pronto como llegó á Damasco, fué á entregar la carta de recomendación al amigo del Ministro; le contó lo que le sucedía, y aquel caballero, llamado D. Lucio Herrera, joven también como Ernesto, le hubo de decir:

—Todo eso desaparece en el momento sólo con dar un paseo por los bazares.

Y añadió:

—Si hoy tenemos la dicha de ver á la hija del Bajá destituido hace poco tiempo, seguro estoy de que olvidarás no días, sino años de amargura.

—¿Tan hermosa es?—le preguntó con viveza.

—Jamás pude verle más que los ojos, el entrecejo y la frente, pues, como es costumbre entre las turcas, lleva cubierto el resto del semblante. Pero he podido adivinar, debajo de aquel velo, todas las perfecciones humanas reunidas en Diana.

—¿Será fácil encontrarla?

—Todas las tardes entra en el bazar del judío Ismael y, después de permanecer allí algunos minutos, sale y se aleja.

—¿Es extraño!

—Sí, muy extraño; pero así sucede en realidad. Como el fanatismo es innato en las turcas, quizá obedezca su conducta á cualquier fantasía de la raza, á la cual ella otorgue una grande importancia.

—Sin embargo, bueno será averiguarlo.

Salieron juntos y en derechura se fueron al bazar de Ismael, colocándose á corta distancia de la puerta.

No había pasado media hora cuando entre la multitud de mujeres que por allí circula-



ban, se destacó Diana como los primeros rayos del sol naciente tras la verde espalda de los mares.

Ernesto la contempló adivinando, como su amigo, la obra humana más perfecta del Creador.

Y la vió entrar en el bazar, y la vió salir y alejarse... pero nada más.

Pasados unos segundos, dijo Ernesto:

—Ismael debe saber algo; es judío y por oro nos dirá cuanto sepa.

Entonces contestó Herrera:

—Vamos, puesto que lo deseas.

Entraron en el bazar; Ernesto compró varios objetos, que pagó al precio que le pidieron, y de repente hubo de decir:

—¿A qué viene aquí todas las tardes la hija del ex-bajá?

—No lo se—contestó el judío, añadiendo:

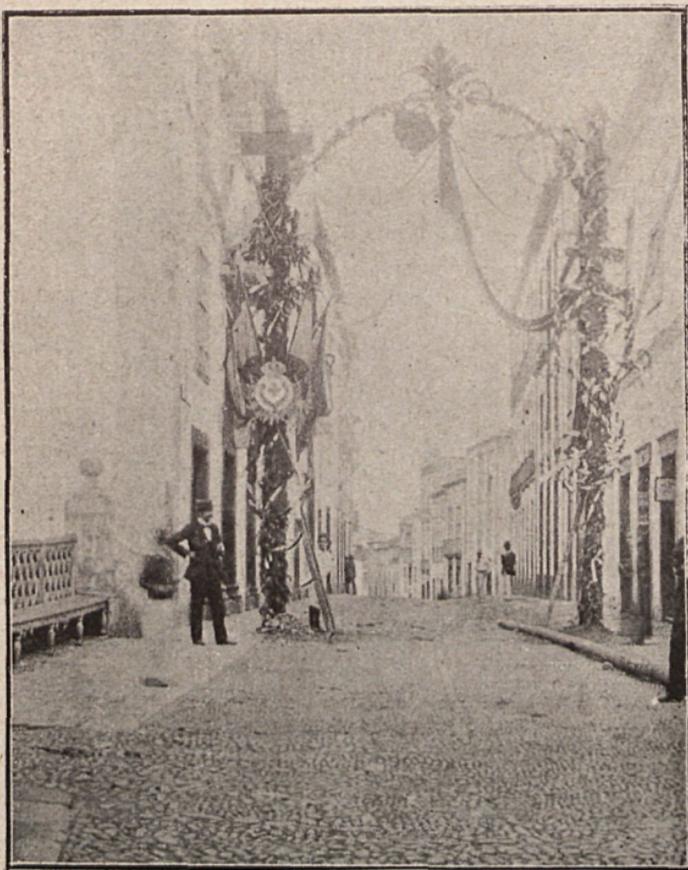
Todas las tardes llega á la puerta; se sube el velo hasta cubrir la frente; contempla un rato los objetos de las vitrinas; me deja una moneda sobre el mostrador, y sale. Desde la puerta, y con el velo subido, torna á mirar... luego se aleja y baja el velo: esto es todo lo que sé.

—Yo tengo que averiguar algo más: aquí se esconde un misterio que no me resigno á seguir ignorando.

Varios días pasaron sin que, por más que aguzaba Ernesto el ingenio, adelantase cosa alguna, cuando una tarde pudo fijarse en que Diana contemplaba con placer un brillante colocado sobre paño rojo, y cuyas facetas despedían raudales de luz sorprendente.

Creyó que la hermosa codiciaba aquella piedra, y la adquirió sin reparar en el precio.

Al día siguiente entró Diana en el bazar y salió de él precipitadamente,



CANARIAS: (Santa Cruz de la Palma).—Arco de Triunfo
en honor del general Bargés.

Inst. de Rodríguez Cabrera.



TARRAGONA: (Poblet).—La cruz del término.

Inst. de J. Oller y Domingo.

pudiéndose distinguir las lágrimas en sus ojos, pues se había bajado el velo. Ernesto llegó hasta ella y, creyendo haber logrado su más grande aspiración, extendió la mano ante Diana, presentando sobre el paño rojo el brillante que creía codiciado.

Pero Diana lanzó un grito que hirió en el corazón á Ernesto; extendió los brazos y cayó al suelo desplomada.

La sorpresa del joven fué inmensa; cuando quiso acudir en su auxilio otros se habían adelantado y en apretado cerco la conducían á su casa.

Siguió el tropel de gente y cuando llegaron á su morada, apareció en el dintel un anciano que, alzando los brazos al cielo, exclamó:

—¡Hija mía! ¡Muerta! Ese maldito Ismael ha vendido á un cristiano el amuleto robado á la mezquita Zekia.

Al oír estas palabras recordó Ernesto que él tenía el brillante... quiso presentarlo... pero la piedra preciosa se había convertido en un pedazo informe de materia.

Y oyó una voz que decía;

—El fuego de los ojos de Diana ha destruído el amuleto hiriéndola en el corazón: por eso cubría sus ojos con el velo para mirar la preciada joya.

Ernesto huyó aquel mismo día de Damasco.

(Se continuará.)

(Ilustraciones de Romero Orozco.)

TAPAS especiales, GRAN LUJO, ya terminadas para INSTANTANEAS, sirven para guardar los números hasta final del año 1899 y después encuadernar el tomo, conservando con ellas la colección.

En nuestras oficinas, 2,50 pesetas; á provincias, se remiten certificadas por 2,90 pesetas.

En América fijan el precio los señores corresponsales.